

tros Santos fundadores, hagamos con nuestro exemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros fieles aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oir; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesuchristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.

SERMON II.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

Quæsi vi sponsam mihi eam asumere, et amator factus sum forme illius.

Sap. cap. 8.

Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez fuera lícito á un orador christiano entrar en la responsabilidad de llenar la universal espectacion de su auditorio, seria sin duda en este dia consagrado á la solemnidad de una Virgen heroyca, cuyo solo nombre basta para su mayor elogio. Porque ¿qué argumento mas ventajoso podía presentarme la suerte, que el empeño de elogiar á una Santa, que por medio de las mas sublimes virtudes llegó á la mas alta perfeccion, de que es capaz la criatura en el curso de esta mortal vida, que trilló unos caminos nuevos y desconocidos hasta su tiempo, y se llenó de una doctrina sobre humana, que despues de doscientos años añade cada dia á su reputacion un nuevo sello de inmortalidad? ¿A una Virgen en quien se reunieron la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judit, que fué al mismo tiempo Apóstol, Profeta y Legislador, nuevo Pablo en sus éxtasis, y nuevo Agustin en sus escritos? ¿A una Virgen en quien nada habia que no fuese prodigioso; entendimiento claro y sublime, alma grande y heroyca, espíritu varonil y constante, corazon intrépido y

generoso, origen y fundamento de tantos sucesos, que serán siempre el embeleso y la admiracion de los siglos venideros.

He dicho, y no me retrato: ¿qué motivo de mayor júbilo podía depararme la fortuna, que tener el honor de pronunciar las alabanzas de la incomparable Teresa, gloria y ornamento de Castilla, reformadora del Carmelo, astro luminoso de la Iberia, Doctora mística, modelo de la piedad y esplendor de las Vírgenes, cuyas virtudes han llenado de edificacion los dilatados ámbitos de la Iglesia? Yo confieso que solo al proferir el nombre de Teresa, me siento arrebatado de la grandeza de mi objeto, porque la imaginacion me avisa, que su portentosa vida no es mas que un animado mapa de prodigios inauditos, una alternativa de privilegios insólitos, una cadena de acaecimientos extraordinarios, un agregado de empresas gloriosas, y una pirámide de triunfos capaces de hacer época en la serie de los tiempos. Si exámino el catálogo de sus brillantes acciones, la veo en su misma infancia émula de los mayores Atletas de la Religion, volar en alas de su fervor á los países australes, por derramar en honra de su esposo una sangre inocente que apenas ha empezado á fluir en sus venas. Si la miro en la primavera de su edad, me parece una alma criada de nuevo por la mano Omnipotente para amar á Dios con todo el lleno de que es susceptible la naturaleza, remontada á una santidad que la eleva sobre la esfera terrestre, y colmada de unos dones sobrenaturales casi no oídos en la Iglesia desde su nacimiento.

Si contemplo los rápidos vuelos de su pluma ingeniosa, se me figura otro Elías, que elevándose por la region etherea en el misterioso carro de la contemplacion, bebe en el seno mismo de la divi-

nidad aquella ciencia sublime, que la distingue entre los mas ilustrados Doctores, que la ha hecho respetar como el ágila de la teología mística que ha arrancado de la boca de los sabios los mas singulares elogios, y ha precisado al Vaticano á canonizarla como una emanacion divina inspirada por el Padre de las luces. Si considero los progresos de su zelo, la veo que como un nuevo Neemías reanima el sagrado fuego del Santuario, vuelve al Carmelo su antiguo esplendor, renueva su primitiva pureza, y llega á ser madre de la posteridad de Elías; los pueblos se disputan la dicha de poseer su Reforma dentro de sus muros, la fama de sus progresos vuela como un fuego rápido por todos los países de la Europa, las Cortes se conmueven al sonido de sus maravillas, Felipe II sentado entonces sobre el trono de España, apoya el proyecto de Teresa con todo el peso de su autoridad Real, y la Silla de San Pedro confirma la empresa de la Reforma, de la que reconoce á Dios por autor único.

Y ved aquí, que este cúmulo de circunstancias, que pudiera por su variedad hacer zozobrar al ingenio mas robusto, me proporciona sin embargo nuevas ventajas para fundar el Panegírico de esta Virgen incomparable. ¿Cómo así? Porque un pensamiento de gloria, capaz de llenar de algun modo la extension de su mérito, me está precisando á que me transporte en espíritu á las regiones del Aquilon, y con mano intrépida estampe sobre el marmol que cubre su incorrupto cadáver, aquella celestial inscripcion que el mas sabio Monarca de Israel grabó en los libros de la antigua alianza para encarecer los dotes de la sabiduria: *Quæsi vi spon- sam mihi eam asumere, et amator factus sum formæ illius.* Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria. Asi hablaba

antiguamente el Rey Salomon, y yo me persuado que baxo esta hermosa sentencia nos dexó un cumplido elogio de la prodigiosa Virgen de Avila. Digamos pues sin rezelo, que Dios amó desde la eternidad á Teresa como á esposa suya. ¿Pero de qué modo? Atendedme, porque en esto consiste todo su elogio. La amó como á esposa suya disponiéndola al real tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia, *quæsi vi sponsam mihi eam asumere*: primer indicio de su amor, y primera parte de mi discurso. La amó como á esposa suya, interesándose en exaltarla y colmarla con los mas señalados favores de su soberana diestra: *et amator factus sum formæ illius*: segundo indicio de su amor, y segunda parte de mi Panegirico. Imploremos los divinos auxilios para el acierto, por la intercesion de María; saludándola con el Angel. *Ave Maria*.

Como Dios habia elegido á la incomparable Teresa con singular predileccion antes del nacimiento de los siglos para esposa suya, la adornó al tiempo de nacer con aquel conjunto de circunstancias que forman el peculiar carácter de una alma escogida, y la proporcionó desde la cuna tantos privilegios y mercedes que solo pudo combinarlos su adorable Providencia: la concedió una alma ingeniosa parecida á la de Salomon, llena de bondad y dulzura, un candor de ánimo inaccesible al vapor de la corrupcion, unas inclinaciones aptas á perfeccionarse con el soplo de las inspiraciones, un espíritu vivo, naturalmente inclinado á objetos grandes, un talento propio para abrazar el sistema de la razon, un juicio sólido incapaz de deslumbrarse por las apariencias, un corazon generoso capaz de amar mucho, é incapaz de amar mas de lo necesario, un valor inalterable muy superior á la comun

capacidad de su sexó, una bella índole, y un genio dócil, que fueron otros tantos presagios de su futuro heroismo.

A estas felices qualidades añadió la mano Omnipotente los fomentos de la educacion paterna, y los estímulos de una familia que parecia el patrimonio de los justos. Nació la venturosa Virgen de una familia noble y llena de honores y fortuna, donde solo reynaba la paz, la union, la armonía, la subordinacion y la piedad, y en la que halló quantos medios pueden desearse para mover una alma y guiarla al ápice de la perfeccion. En su padre veía un Jacob, ascendiente de doce hijos, á los que edificaba con sus exemplos, y gobernaba con sus consejos. En su madre una muger fuerte igual á Raquel en hermosura, á Lia en fecundidad, y á ambas en piedad y modestia. En su amable nacion encontró una semilla de héroes, cuyas acciones inmortales podian alentarla al séquito de la virtud, un esquadron de esclarecidos doctores que habian ilustrado la península con los rasgos de su valiente pluma, de zelosos pastores que la habian cultivado con los sudores de su apostolado, de ilustres vírgenes que la habian santificado con sus huellas, de esforzados mártires que la habian teñido con su preciosa sangre; y para decirlo en compendio, el cielo destinó el nacimiento de Teresa en el seno de una familia gloriosa, donde todo lo que mira al rededor de su ilustre cuna, no respira sino estímulos de santidad y de virtud.

Pero aun pasó la Providencia Divina mas adelante; á todas estas saludables proporciones de la naturaleza, adelanta los dones de la gracia, capaces de propagar á la tierna esposa mayores incentivos en la carrera de las virtudes. La inspira en los preludios de la infancia el amor á la soledad,

haciéndola insípido los tumultos de Babilonia; graba en su corazón tierno una inclinación natural al bien, al honor, al agradecimiento y á la piedad: un pudor y una antipatía extrema á la menor mancha que pudiera empañar su alma; imprime en su entendimiento la hermosa idea de las cosas celestiales, y una secreta indiferencia á todo lo terreno; la inclina á los ejercicios de la oración, haciendo que experimente en ella sus dulzuras; inspira finalmente en su voluntad un deseo eficaz de ser fiel á Dios en todas sus acciones, y llenar toda la medida de sus deberes.

Ved ahí los preciosos dotes con que el Señor adornó este vaso de elección, que destinaba para su gloria y servicio; ó por mejor decir, ved ahí una Virgen dichosa objeto de las caricias de Dios prevenida con las bendiciones de su diestra, y enriquecida con las mas exquisitas joyas de la gracia: pero una Virgen cuya pronta correspondencia á los favores del cielo, contribuyó á formarla una Esposa digna de la elección y de las complacencias de su amado. ¿Deseais verlo? Retroceded en espíritu al siglo XVI, y observad con reflexión sus primeros ensayos. Yo registro, Señores, con cuidado los fastos de la Iglesia, y aunque advierto una serie brillante de ilustres víctimas, de que hace ostentación el christianismo, aunque veo el precioso holocausto que ofrecieron al Esposo celestial las Ineses, Rufinas, Ursulas, Catalinas y Eulalias, nada me parece mas agradable que el que presenta Teresa de sí misma en el primer uso de su razón. Ella empieza su carrera por donde acaban los mayores héroes de la gracia, y á pesar de quanto tiene el martirio de mas repugnante á la naturaleza, á pesar de las caricias de un padre que la ama tiernamente, ella se escapa de entre sus brazos, y

vuela á los siete años no cumplidos en alas de su fervor hácia los países de los Moros, lisonjeándose de que aquellos bárbaros, enemigos de su fé y de su nación, tendrán tanta fiereza para degollar una víctima todavía balbuéciente, como valor ella para ofrecerse al sacrificio.

¡Qué acto tan heróyco de religion, tan capaz de acreditar la gloria de Teresa sobre todos los triunfos y laureles de los primeros siglos! Pero el ángel que vela por la felicidad del Carmelo, y por la gloria de toda la Iglesia, detuvo los fervorosos vuelos de esta inocente víctima, aceptó el cielo sus deseos como en otro tiempo los de Ananías sin disminuir su mérito; pero frustró su sacrificio porque la tenia destinada para otros combates mas prolongados, en que por un nuevo género de martirio habia de alcanzar la corona con las penitencias y castigos de su propia carne. Teresa llora su desgracia, y vuelta á la casa de sus padres no halla otro consuelo que el de ocultarse á los ojos del mundo en una pequeña ermita, que edifica con sus propias manos, para acostumbrarse al retiro y á la oración: allí encerrada dentro de sí misma, se ocupa en ataviar su alma con todos los adornos que podian ganar el corazón de su dueño: allí se apresura á agradarle, ofreciéndole en holocausto los placeres mas legítimos que le permite su puericia: allí observa los movimientos de su corazón para escusar el menor deslíz que pueda ofender los ojos de su amado: allí se aplica á mortificar sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar sus inclinaciones, á alimentar su espíritu, á sujetar su voluntad, y perfeccionar sus acciones. ¡Ah! ¡Qué feliz hubiera sido la jóven heroina, si el espíritu de la distracción no hubiera entiviado sus primeros fervores, y si el sutil veneno de la

vanidad no hubiera profanado en cierto modo el santuario de su corazón!

El comun enemigo ingenioso en el arte de sorprender, se empeña en arrebatár al Esposo esta víctima que parecía haber ya coronado con sus manos. El seductor busca en la misma Teresa los instrumentos de su depravación, se vale de su genio festivo, de su espíritu generoso, y de su hermoso talle para sugerirle ciertos deseos vagos de agradar, de ver y ser vista; ciertas complacencias secretas, ciertos adornos afectados, y ciertas lecturas gustosas y atractivas que empezaron á resfriar su piedad, y la iban despeñando al precipicio.

¿Y qué, permitirá el Esposo celestial que una Virgen destinada á ser la honra de su sexo, y el oráculo de su siglo, cayga en la ignominia de ser víctima de la vanidad? ¿Sufrirá un amante compasivo que la ilustre Teresa llegue á ser presa infeliz de las garras de sataná? No lo creais. Dios, que la habia elegido en los esplandores de los Santos para esposa suya alarga la mano para sostenerla, acude liberal á socorrerla, la toca al corazón con nuevas gracias, la habla interiormente, la ilumina, la fortifica y hace renacer en su espíritu su antiguo fervor. Entónces asustada Teresa al ver el precipicio adonde insensiblemente se iba arrimando, se propone inmediatamente evitar para siempre las falacias de un mundo engañoso, forma la resolución heróyca de cortar los vínculos mas íntimos de la carne, que pudieran servir de obstáculo á sus designios, abandona los brazos de su amoroso padre, y ya que no pudo dar su vida por Dios baxo los filos de la espada Sarracena, á lo ménos se determina á consagrarle su libertad en las aras de la religion.

¡O monte santo del Carmelo! Tú solo tenias de-

recho al corazón de Teresa; recibe el parabien de ser tú el feliz depositario de una Virgen heredera de las virtudes del grande Elías, cuyo nombre será el mas precioso de toda la Iglesia, y cuyos progresos fixarán para siempre su primitivo esplendor. En efecto, luego que la jóven doncella pisó la montaña santa que habían trillado los Profetas, y se vió honrada con la qualidad de esposa de Jesuchristo, se adelantó con muchas ventajas á quantas Virgenes habian emprendido antes que ella el camino de la perfeccion religiosa; como su noble corazón era capaz de una dilatacion inmensa, apenas entra en los nuevos empeños que habia contraido con su Esposo, quando reúne todos los resortes de su alma, todo el nervio de sus potencias, toda la vivacidad de sus pensamientos, y todo el fervor de sus deseos para pertenecer á solo Dios, y agradarle como á su único dueño: su espíritu generoso avergonzado de su tibieza pasada, abraza en toda su extension las virtudes que podian interesar la satisfaccion de su amado: observa un silencio inviolable, al que junta una oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indecible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma, humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema, caridad ardiente, zelo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios. Poco he dicho, por mas que he compendiado las virtudes que componen el elogio de muchos Santos; pero si habeis leído la vida de la ilustre Teresa, ya habeis entendido que apenas he dado principio á su elogio.

Renúevase en su alma muy á los preludios de su retiro la memoria de las ligeras infidelidades que habia usado en el siglo con su Esposo, las que no

salieron de la esfera de venialidades, y al punto se constituye un Juez inexorable en su propia causa, las delata, las acrimina, las abulta en su opinion, ó por mejor decir, ella se calumnia á sí misma, se apropia los humillantes epitectos de muger ruin, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitude, y se condena al suplicio de la mas dura penitencia, sin condescender con la fragilidad de su sexô, ni con la miserable constitucion de un cuerpo asaltado de las enfermedades mas agudas, reúne en su persona todo el espíritu de mortificacion que hizo tan memorables á los pobladores del antiguo Carmelo; vestida de una túnica burda y grosera, se sujeta á un prolixo ayuno de toda la vida, y el escaso alimento que alguna vez llega á sus macilentos labios, apenas basta para entretener su desfallecimiento; un lecho duro mal avenido con el placer, es el lugar de su descanso; los silicios y disciplina son los atavíos con que se adorna esta nueva Estér para agradar al divino Asuero: una crucifixion severa de los sentidos, vigiliias continuas, exercicios laboriosos que no dexan respirar al amor propio, y que mudando de objeto no hacen mas que cambiar el suplicio, éste es el circulo de toda su vida; en una palabra, la medida de sus mortificaciones fué mortificarse sin medida; y el término de su padecer fué padecer sin término: *Aut pati, aut mori*: como decia esta misma Santa.

¡Qué espíritu tan austéro! Espíritu que fué como el carácter de Teresa, que la acompañó hasta los últimos linderos de la eternidad. Sin embargo, es preciso confesar, que su pasion dominante fué el amor á su divino esposo. La naturaleza habia dado á esta Virgen un corazon sensible, depósito de toda especie de afectos, cuyo fondo de ternura solo necesitaba una leve impresion para enar-

decerse, y Teresa encontró en los atractivos de la gracia todo el impulso que podia esperar. ¡Ahl! ¡quién pudiera decir el término á que llegó la vivacidad de su amor! Siempre á los pies de los altares en busca de su Dios, ansiosa de renacer como el Fenix de las cenizas del antiguo Adan para transformarse en su amado; siempre ocupada en sus divinas alabanzas, derramando su alma en unas efusiones tan tiernas, en que parece se agota el corazon humano; siempre abrasada en una hoguera, cuyas llamas la elevan sobre lo terreno, y la precisan suspirar por su esposo. Señor, le decia en el exceso de sus deliquios, entrad en esta alma, cautiva en una region que me separa de tu vista, y encerrada en un cuerpo que me dilata tu posesion: yo no quiero respirar sino para amaros; vuestro amor es toda mi existencia, es un peso violento que me arrastra como á su centro, todo me es odioso sin vos, las criaturas irritan las santas impaciencias que tengo de gozaros, la muerte es mi mayor suplicio por lo mucho que tarda, y no me dexa mas aliento que para pronunciar que muero porque no muero.

Ved aquí unas frases sublimes, que el amor divino animó en los labios de la seráfica Teresa, capaces de triunfar del corazon de su Esposo, y que sin embargo no la merecieron mas recompensa que veinte y dos años continuos de indiferencias, sequedades y desdenes, en que sufre la enamorada Virgen todos los rigores de una virtud triste y amarga. ¿Quién lo creeria, Señores? Pues no lo dudeis un solo momento. Como Dios es un amante zeloso que lo quiere todo para sí sin admitir excepciones, antes de franquearla el honor de Esposa, la prepara una cadena de tribulaciones para hacer una escrupulosa experiencia de la fidelidad de esta alma

santa; á este fin junta en el ánimo de una Virgen flaca; atacada de males complicados, todo quanto sufrieron un Job en el muladar, un David en los páramos de Idumea, y un Pablo en su apostolado; desolaciones de espíritu, penas interiores, obscuridades interminables, sugerencias malignas, persecuciones exteriores, calumnias atroces, escrúpulos, ansiedades de conciencia: estos son los arbitrios de que se vale el Esposo muy propio para hacer vacilar al espíritu mas animoso, y estas son las pruebas terribles que van á decidir la constancia de Teresa: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere.*

Idlo observando con toda reflexión. En lugar de aquellas suavidades que sentia en la virtud, se levanta improvisamente en su corazón un mar de tentaciones que la agitan, su entendimiento fluctúa en un abismo de obscuridad, su memoria se llena de fantasmas de ilusion, su voluntad titubea al golpe de las arideces y amarguras: los escrúpulos la despedazan, los remordimientos la atormentan, la penitencia la asusta, la oracion la repugna, y la soledad la acobarda. Indecisa entre un torbellino de temores levanta al cielo su voz interrumpida con sollozos; pero el cielo se vuelve de bronce: el mismo Dios se le esconde entre nubes, y la dexa inñudada en un cáliz de amargura. Desfallecido su corazón con tanto rigor, suspira, clama, se queja y llega casi á punto de perecer.

No obstante Teresa, esta valerosa Judit, vuelta sobre sí, encuentra en el seno de su humildad los consuelos que no ha podido hallar en medio del mas triste desamparo. Ella se dice á sí misma: ¿entraste acaso Teresa al Carmelo á servir á Dios por los consuelos que reparte, ó por el infinito amor que se merece? Ahora que experimentas el penoso desvío de sus desdenes, has de mostrarte mas fina

en su obsequio que en otras ocasiones. ¡O constancia inimitable! Esto llamo yo pelear con Dios, y vencer como Jacob sus lentitudes con una santa porfia. En efecto: el Señor, que por los altos desigñios de su providencia, y por dexar á la posteridad un modelo de constancia, tardó veinte y dos años en responder á su afligida esposa, supo recompensar bien esta tardanza, la envia dos varones de primer orden que edificaban la España en aquella feliz época, para que asegurasen su espíritu fluctuante: los Alcántaras y los Borjas son para Teresa lo que habian sido los Gerónimos, los Benitos y los Franciscos para las Paulas, Escolásticas y Claras: estos nuevos Rafaeles la guian por los fragosos senderos de la virtud, la iluminan en sus dudas, disipan sus tinieblas, calman sus temores, aquietan sus escrúpulos, fixan su espíritu, y Teresa corre viento en popa tras los perfumes de su Esposo, gozando de una apacible serenidad despues de una borrasca tan desecha.

¿Pero se acabaron por eso las aflicciones? ¡Ah! Ahora es quando se renuevan los zelos de su Esposo, y la dispone un nuevo género de pruebas superiores á su sexô. Aparécesela visiblemente, y la manda que tome á su cargo la obligacion de zelar su honor, y contribuir de todos modos al aumento de su gloria. *Deinceps ut vera sponsa meum zelabis honorem.* ¡Qué impresion tan violenta no hicieron sobre el tierno corazón de Teresa los ecos de su Esposo! Juzguemos nosotros de su tamaño por la grandeza de las empresas que abrazó para desempeñar su fidelidad. Instruida de la voluntad de su dueño, y animada de su amor, forma el gran proyecto de restituir al Carmelo su antiguo esplendor, reparando con su zelo las brechas que el tiempo socabó en la montaña santa de los Profetas; este grande